Ciudad de todos los desastres

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Afortunadamente, en Rabasa sólo se van a construir 13.503 viviendas y no es por tanto un plan tan desmesurado como el de Seseña (Toledo) donde se están construyendo 13.508, o sea, cinco más.

He parado un par de veces en la gasolinera de la nueva autopista a Madrid, antes de entrar en su provincia, que permite ver la fachada de la nueva construcción de una ciudad en Seseña, pueblo limítrofe de Toledo. Es un espectáculo ver el entramado de torres, grúas de construcción, trazados urbanos que esperan a más de cincuenta mil habitantes casi de golpe algún día. He tarareado las dos veces una canción antigua de Francesco Guccini, un cantante italiano de múltiples intimidades: un viejo habla con un niño y le va contando todo lo que no conoce, hasta que le explica lo que era un árbol...

Se da vía libre estos días al plan Rabasa por la Comisión Territorial de Urbanismo de la Generalitat Valenciana, tras unas semanas de incertidumbres legales que han sido subsanadas mediante el recurso acelerado a la mentira: claro que va a haber agua en Rabasa, han dicho los miembros de la comisión, si no ¿para qué están las desaladoras que ha prometido el Gobierno? Claro que se va a proteger el medio ambiente, puesto que no se va a construir a menos de cien metros de las lagunas de la zona. Y además, se rebaja casi en mil quinientas las viviendas anunciadas inicialmente. Se promete un estadio con diez mil asientos de capacidad. El constructor Enrique Ortiz y el alcalde Díaz Alperi parecen contentos, aunque se anuncien recursos por los organismos competentes en el agua...

Detengo el coche en una de las entradas a Rabasa, tras la zona del antiguo cuartel. Presiento un bosque de grúas próximo, torres que van creciendo, urbanización inmediata que traerá más de cuarenta mil habitantes a una ciudad que es ya la de todos los desastres. Se piensa en zonas verdes, dice el plan, que intentará ajustarse a una normativa legal urbanizadora que exige estas zonas, aunque sea en expresión mínima de lo que la ciudad necesita.

Los ciudadanos y ciudadanas de Alicante saben que viven en la última ciudad en zonas verdes. En la última de España, con menos de tres metros y medio por habitante, cuando la Organización Mundial de la Salud recomienda entre diez y quince metros. Saben además que los últimos diez años han supuesto un veinticinco por cien de merma de zonas verdes en la ciudad.

Los ciudadanos de Alicante saben que está pendiente de aprobación, y de elaboración todavía, el Plan de Ordenación Urbana y que, por tanto, la megaurbanización de Rabasa se va a hacer al margen del futuro ordenamiento general de la ciudad. Siempre hemos pensado que Alicante merecería un diseño urbano que corrigiera lo que ha sido sin duda producto del crecimiento especulativo, de la improvisación y la mala gestión urbanística durante muchas décadas del pasado siglo; una planificación que devolviera a la ciudad la sensación de lugar habitable que presenta en muy pocos espacios de la misma; que devolviese a la ciudad la perspectiva de ciudad cohesionada de la que carece.

Debíamos suponer también que, en la creación desde la nada de una concentración de más de cuarenta mil habitantes, las administraciones tendrían planteado un diseño de actuación previo que contemplase las estructuras sanitarias y educativas que se necesitarán. Es obvio que nuestro Ayuntamiento podrá responder que esto no es imprescindible, pues las educativas, si tienen que ser públicas, siempre tendrán el recurso habitual de los barracones.

Una acción especulativa, con un volumen de negocio de muchos millones de euros, aniquilará una zona cuyas posibilidades de desarrollo estarían más en la propuesta de regeneración natural a partir del espacio de las lagunas. Sería concebir una ciudad, otra ciudad, contra la desertización, contra la aniquilación de sí misma, contra las malas prácticas municipales. El señuelo del desarrollo y el trabajo se enarbola como banderín de enganche para la que los habitantes compartan la iniciativa. La noción de desarrollo sostenible parece no preocupar a un Ayuntamiento que tiene en la construcción, y en las empresas que se dedican a la misma, su única guía de actuación. El viejo de la canción que cité antes, por estas tierras, le explicará una vez a un niño no sólo lo que era un árbol, sino también lo que era una laguna. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante.